

CAMPANILLAS DE VIENTO

Entonces despertó y poco a poco fue apareciendo un dolor de cabeza tan intenso, que sintió que este iniciaba en sus ojos y terminaba en sus omoplatos. Quiso tocarse la extremidad superior pero supo entonces que se encontraba amarrado; sus muñecas sujetas entre ellas en el espaldar de la silla. Levantó la cabeza y pudo ver mejor. Una pequeña habitación. Un estante de ropa vieja y sucia en el rincón izquierdo, el cual estaba hecho de palma seca entrelazada artesanalmente. Notó una puerta frente a él, a unos cinco metros; un banquito y un largo mesón de concreto situado a su lado derecho pegado a la pared y una manta con superficie desigual, la cual cubría la parte superior de este. Suspiró profundamente para no sobresaltarse. Intentó halar con fuerza, pero el amarre de sus muñecas no cedió. Trató de mover los pies. Las pantorrillas sujetas a las patas de la silla con cuerdas yute. Delante de él, una alfombra sucia con huesos de... ¿pollo?, pensó mientras observaba detenidamente. Sintió calor. Decidió respirar lo más lento posible para evitar agotarse ante la situación. Todo era viejo y de tono

sepia a su alrededor. Observó su cuerpo y se vio la camiseta empapada en sangre hasta su pecho. Recordó entonces. Todo había pasado tan rápido; la escuela, el taller, la chica, su familia, el desquicio... el golpe. Se arrepintió de muchas cosas entonces; entre esas, haberle desobedecido a su esposa sobre el no aceptar el trabajo en Breans, pero, no podían hacer mucho; no habían muchas opciones para escoger. Era eso o Alaska, pero tantas cosas que había escuchado de aquel lugar. Levantó su mirada de nuevo e intentó mirar a su alrededor lo más que pudo. A lo lejos, escuchó ruidos de cerdos, gallinas y algunos animales más que no pudo distinguir. Un bombillo rojizo colgaba del techo y se balanceaba casi imperceptiblemente. A su lado izquierdo sólo había sacos llenos de heno, los cuales formaban una mediana montaña que no lograba alcanzar los dos metros de altura. Volvió su mirada hacia el frente al escuchar pasos que se acercaban. La puerta se abrió y por ella entró un hombre gordo, de algunos cincuenta años de edad, con barbas, bigotes desaliñados y poco cabello en su cabeza. Sus ojos grises se clavaron en la humanidad del sujeto inmóvil antes de proseguir su camino hacia el mesón. Traía una camisa a medio abotonar, vaqueros clásicos y botas de

granja. Empezó a revisar algo que estaba debajo de aquella manta, después lo volvió a cubrir, tomó el banquito y lo puso delante de hombre amarrado.

–Profesor Frank Letting –el recién llegado le habló calmadamente–, si le dijera que lo siento, estaría mintiéndole. Lastimosamente usted tuvo la desdicha de ser el elegido en esta ocasión. Le recomiendo algo para la próxima; primero, no sea tan confianzudo con quien no conoce, y segundo, averigüe detalladamente la historia de un lugar antes de mudarse a él. ¿Sabe cuántos hombres han estado en su lugar? –negó con su cabeza en modo de decepción–. Todos profesionales, como usted, pero tan imbéciles. Aunque veo que... usted es algo más complejo y sé que lo es. Al menos no lo veo gritando pidiendo ayuda como todos los anteriores.

–¿Debería hacerlo?

–No tiene ninguna mordaza que se lo impida, ¿por qué no lo hace?

–No creo que se les haya olvidado a propósito. Si no estoy amordazado, quiere decir que aunque grite, nadie me escuchará a kilómetros. Señor, sé dónde estoy. La casa más cercana la dejé hace un par de millas atrás. ¿Se dedican a esto?

El hombre gordo se mostró sorprendido. Se levantó de su sitio e intentó cerrarse, en un inútil intento, los botones superiores de su camisa.

–Si es cierto que su esposa está embarazada –exclamó–, entonces tal vez mi hija debería echarle una visita a su casa, profesor. Descanse un poco –le dio la espalda mientras se dirigía de nuevo hacia la angosta puerta–, en cinco minutos estaremos de vuelta y esta vez sí lo amordazaremos. Mi hijo Jonathan siempre se pone nervioso al escuchar las agonías de nuestros visitantes.

Abrió la puerta y abandonó el recinto. Las paredes de madera se movieron al tiempo en que éste cerró violentamente al salir. Frank volvió a observar el lugar. Intentó librarse una vez más pero el resultado era el mismo. Permaneció entonces quieto, mirando hacia el suelo por un largo tiempo, pensando pausadamente, hasta que volvió a escuchar las pisadas del otro lado de la puerta. No supo entonces si realmente habían pasado los cinco minutos, y a esa instancia, tampoco quería darle importancia a eso. En esta ocasión, volvió a entrar el hombre gordo, una mujer de algunos cuarenta años de edad cubierta con una manta encima de un vestido frondoso y una

chica de algunos 25 años de edad, quien al entrar, quedó mirándole fijamente al profesor.

–¿Te sientes realizada, Liliana? –le dijo este levantando su cabeza completamente.

–Tranquilo –respondió ella–, es sólo una tradición familiar.

Siguió caminado hasta la parte posterior del recinto y abrió un portón que se encontraba a las espaldas de Frank. Una luz entró arrebatándole la calma a los ojos de Letting, y después de unos segundos, se dio cuenta que las paredes, el piso y el techo que le rodeaba estaban hechos con tablas largas de madera. El lugar era como un extraño establo. Vio al hombre gordo dirigirse de nuevo al mesón y destapar por completo lo oculto. La señora esperaba tras el hombre, mientras Frank volvía su mirada a la joven, quien se le acercó un poco e inclinándose ante él, le habló en un tono moderado.

–Sabemos quién eres, Frank –mencionó ella mostrándole una inquieta sonrisa–. Te recuerdo que estés donde estés, hagas lo que hagas, tu pasado te perseguirá y lo peor, siempre tendrá algo que cobrarte.

–Nunca les hice nada a ustedes...